

## UNA CARTA OLVIDADA DE EMILIA PARDO BAZÁN A LUIS VIDART

Cristina Patiño Eirín

Poco a poco, en gran medida gracias a la exhumación de cartas firmadas por la autora —menos frecuente es que aparezcan las que a ella enviaron y fueron dispersadas después— el universo pardobazaniano va completando sus perfiles no sólo biográficos, sino también literarios, siendo como es su trayectoria vital tan concomitante con la estética.

Debo al celo bibliotecario de Diego Rodríguez, eficiente custodio de los fondos de la Biblioteca de la Fundación Pedro Barrié de la Maza en A Coruña, la localización, entre los documentos provenientes de Martínez Barbeito, de una carta privada firmada por Emilia Pardo Bazán, en fecha relativamente temprana de su carrera literaria: junio de 1880, y dirigida a Luis Vidart. Son los meses en que dirige la *Revista de Galicia*, tras la aparición de su primera novela el año anterior y otros bautismos publicísticos preferentemente en periódicos locales. Son años de gestación de un propósito vital y un designio literario que mancomunadamente regirán su destino ulterior, forjado por propia iniciativa pero también al socaire de amistades, maestros y mentores que, como Giner de los Ríos, serán decisivos para impregnarse de una creciente conciencia profesional de su labor.

El destinatario de la carta que aquí damos a conocer, ya que permanecía inédita hasta la fecha, es Luis Vidart (1833-1897), persona que será considerada una de sus más leales amistades por la escritora y con la que mantendrá relación desde estos inicios de su carrera hasta el fallecimiento del teniente coronel en 1897. Conocemos gran parte de ese contacto epistolar y humano a través de los comentarios y alusiones que la autora fue diseminando en diversos lugares de su obra periodística. Pero es, si cabe, más interesante tratar de reconstruir a partir de su comercio epistolar lo que fue aquel trato que trascendió lo intelectual para convertirse en una modalidad familiar de la amistad, en una suerte de *liga amistosa*, como aquí la denomina. Es muy parcial el número de testimonios recuperados: una carta de Luis Vidart dirigida a la autora, publicada por Ana M<sup>a</sup> Freire en 1991, y ocho cartas de Pardo Bazán—una de las cuales, fechada en 1898, va dirigida a D<sup>a</sup> Josefa Vargas Machuca de Vidart, su viuda—y dos tarjetas más, recuperadas por Maurice J. Hemingway en 1986, constituyen el magro balance documental que aquí venimos a engrosar.

Aflora en él el perfume de una amistad intelectual que se prolonga en el tiempo; no fue tan raro que doña Emilia mantuviera amistades duraderas. Probablemente se habían conocido en 1878, a través de Giner (Faus 83).<sup>1</sup> Ana M<sup>a</sup> Freire, quien en la actualidad prepara con Dolores Thion Soriano-Mollá la edición del epistolario completo de la autora, antologa una carta de Vidart fechada en Madrid el 16 de septiembre de 1881<sup>2</sup> y están datadas a partir de ese año, fecha de aparición de *Un viaje de novios*, las que en su día halló Maurice J. Hemingway, y donó generosamente a la Casa-Museo Emilia Pardo Bazán en la coruñesa calle de Tabernas. La que aquí editamos pertenece a una etapa anterior, más inmediata a los inicios de una amistad que se está consolidando cómplice, no sólo mediante el expediente epistolar, sino también por la asidua frecuentación con que agasaja Vidart a doña Emilia en sus *lunes*, y que nunca declinará. Así se desprende de la sentida misiva que ésta envía, tras su muerte, a Giner de los Ríos, su mentor y quien había auspiciado la publicación lujosa y no venal de sus versos, a quien confiesa:

Sólo usted y acaso dos o tres personas más, en mi familia, comprenderán lo que es para mí la falta de Vidart. Una pena que no puedo comparar en intensidad a la muerte de mi padre, pero que en la índole se le parece. Recibí la noticia estando en alegre gira, en la torre de Figueroa, y creo que los esfuerzos que hice para dominar la primera aflicción y no descomponer el cuadro de la hospitalidad que recibíamos, me causaron horrible jaqueca que ayer y anteayer me impidió escribir a usted desahogando mi disgusto. Mucho, y siempre, he de echar de menos al amigo constante de diecinueve años y al que tanto y tanto me acompañó, con incesante comunicación intelectual y mil pruebas continuas de cariño. Vidart era tan amigo mío que había llegado a querer en mí a todos los de mi casa, y algo semejante me pasaba a mí con los de la suya, olvidado todo género de diferencias de carácter, ideal, etc. Es un pedazo de alma lo que con él se me va, y nunca lo he comprendido mejor que ahora. / A ver si podemos animar a su familia a que haga una edición de sus obras, que andan desperdigadas y qué sé yo por dónde; todos estamos dispuestos a corregir las pruebas y lo que se necesite. Deberían hacer esto más adelante (pasado el primer tiempo del disgusto), porque el pobre pensaba hacerlo si viviese: me habló de ese plan distintas veces, cuando yo, en broma censuraba el sistema de sus folletos. / Véngase por aquí y compartiremos esta impresión; hace bien que otros la sientan. Su amiga apenada y constante, Emilia. (Faus 82-83)<sup>3</sup>

La sentida necrológica aparecida el 4 de octubre de 1897 en *La Ilustración Artística* bajo el título de “Recuerdo” deplora la pérdida del amigo predilecto y pretende restituir a su memoria la dignidad que en justicia encarnó y que acaso no supo otorgarle su tiempo. Tal vez pensaba doña Emilia en algunas opiniones adversas emitidas por Menéndez Pelayo y Laverde o por críticos o gacetilleros que le recriminaban, cuando no su impiedad, su descosido estilo y su falta de estro. Frente a ellos, pondera Pardo Bazán que era Vidart “uno de los hombres de mayor valía, de los escritores más doctos y de los pensadores más originales que en España poseíamos”. Su capacidad de modificar sus ideas, su “alegre y benigna condición”, su versatilidad ideológica, visible en dedicatorias como las que más abajo se registran, sugieren autocorrección, le merecen aplauso: “no era del número de los que adoptan una posición fija, de los que no cambian ni se inquietan; lejos de esto, diríase que el espíritu de Vidart, sediento de verdad y de luz, hallábase siempre dedicado a la investigación afanosa, siempre a la descubierta, y cada año siempre encontraba nuevas comarcas que explorar, nuevas campañas que emprender”. La metafísica, la ética, la historia, en cuya Academia ingresaría a instancias del estímulo de amigos como ella, eran sus intereses. Nada hurta pese a su sabiduría, franco y expansivo, vertió en folletos su pensamiento. Precisamente la forma de publicar perjudicó a la difusión y conservación de su obra y ello es algo que la autora desearía subsanar recopilándola. Honrado, de estilo “más persuasivo que galano”, gran amigo de Fernán Caballero, amante de los animales y denigrador de las corridas de toros, supo allegarse al naturalismo. La autora recuenta sus polémicas, algunas tan propiciadoras del acierto posterior de Menéndez Pelayo, como la referente a la *filosofía española*, que no cabe silenciarlas. Nos da en suma el panegírico del amigo que fue casi un padre en los siete años en que sobrevivió al suyo. Del amigo que visitaba su casa y que estuvo presente, como recuerda el profesor Hemingway, cuando se

instaló la luz eléctrica en su domicilio en 1894 (264). Del amigo que le dedicaba cumplida y afectuosamente sus folletos y opúsculos, como puede comprobarse en los citados por doña Emilia en su carta y presentes en su biblioteca.<sup>4</sup>

El tono, el estilo, la cadencia de esta carta, su presentación y caligrafía son cuidados y amicales en función de su destinatario, persona de edad y merecedora del respeto y la confianza que desprenden ciertos toques de humor que la emisora califica de irreprimibles. Apenas hay enmiendas: la pluma discurre plácida y segura. Los trazos de escritura y su letra, no tan menuda como lo será después con la usura de los años, apuntan al *horror vacui* del pliego, aprovechando al máximo el espacio disponible. La gestión de ese espacio físico en sus márgenes y blancos responde a los cánones de época y a los que la cortesía impone.

Podríamos describir el documento en los términos de “un plieguecillo escrito por las cuatro caras en letra limpia y menuda”, semejante al que entrega la beata doña Mónica a Irene, protagonista de *Nubes de estío* (1891) (Pereda 671). A diferencia de éste, escrito temblorosamente por un enamorado, el que aquí presentamos revela el rasgueo firme y autoafirmativo, asertivo pese a sus protestas de humildad, de una mujer aún joven—no ha cumplido los veintinueve años—que pugna por internarse en la república de las letras en paridad con algunos de sus representantes más conspicuos. Es el tiempo de la *Revista de Galicia*, su primera incursión en el periodismo profesional como ha estudiado Ana M<sup>a</sup> Freire en su edición facsímil.

En el ángulo superior izquierdo figura el membrete de la *Revista de Galicia de Literatura, Ciencias y Artes. Coruña. Dirección*, como suele en las cartas de esta época (marzo-octubre de 1880). Adapto a la ortografía actual los usos pardobazanianos de datación decimonónica, desarrollo abreviaturas, restituyo tildes allí donde faltan y prescindo de las que resultan arbitrarias hoy (así las de los monosílabos), del mismo modo corrijo faltas o erratas y signos de puntuación que puedan ser anómalos. Uso cursiva allí donde la autora subraya y soslayo algún segmento tachado aunque visible.

Se trata de un documento de escritura clara y legible aún hoy que, dirigido a su corresponsal, a cuyas manos hemos de presumir que llegó, estaba listo para ser leído y entendido en la clave de una amistad con visos de asentada y propicia al estallido del humor y la camaradería, no siendo de edades similares, como no lo eran ambos. Salta a la vista el mutuo conocimiento que ambos se tenían, el tono respetuoso con que la autora se dirige al que será el *viejo* por antonomasia en su epistolario, como en reciprocidad ella era la *niña* para él, muestra de una distancia generacional que supieron salvar mediante el ejercicio de una amistad imperecedera, de un afecto inmarcesible, de cuya autenticidad no hemos de dudar. Vale decir que la posteridad puede así constatar que, como creía doña Emilia, es posible la amistad entre dos personas de distinto sexo y condición.

Cabe consignar que, hasta después de 1882, Pardo Bazán antepone a su nombre, a la hora de firmar, la inicial del nombre de pila de su marido J.(osé), homenaje marital del que prescindirá a raíz de su ruptura.

-----

Señor don Luis Vidart,  
3 Junio – 1880

Muy distinguido amigo: por la ley de las compensaciones, mientras usted se desconsolaba interiormente leyendo mi pobre *Estudio* sobre Feijoo, consolábame yo notando en su *Filosofía española*<sup>5</sup> la conformidad extraordinaria de nuestros modos de juzgar a Feijoo y Voltaire: conformidad tal, que parece que yo leyera su libro de usted al escribir mi *Estudio*. Y ante todo debo decir a usted, primero, que el libro sobre la *Filosofía* me parece una obra excelente, erudita, preciosa para la cultura española, y que tiene el gran mérito de haber precedido a los brillantes trabajos del docto Menéndez Pelayo; segundo, que el Panteísmo germanofrancés<sup>6</sup> me gusta para refutación (detesto las refutaciones). Y que en cuanto a los dramas, si bien a *Cuestión de amores*<sup>7</sup> perjudica un poco la falta de *unidad de tiempo* (unidad artificiosa, convencional, puesto que el drama interior de la vida no se ajusta a tales reglas; pero convencional y todo, el público es [verso] tá hecho a ella) en cuanto a *Pena sin culpa*,<sup>8</sup> no vacilo en creer que es un drama bello, interesante, original, y traído con naturalidad muy poco común, sin usar de grandes resortes, haciéndose la acción como por sí sola. La *donnée*... Sobre la *donnée* hay mucho que hablar. El divorcio es cosa terriblemente peliaguda, aun hablando humanamente y separándonos de lo que enseña la iglesia de Dios. No ha abordado el problema de frente; allí no hay ningún suceso extraordinario que desuna a los cónyuges, sino lo más sencillo y corriente del mundo, un marido que se cansa de su mujer y se prenda de otra. Y he aquí por qué me parece que su obra de usted tiene mérito y revela talento dramático. A tan vulgar personaje como es el marido, lo ha sabido usted hacer muy interesante. Solo la fatalidad (digámoslo así) del amor, es el resorte que usted maneja, pero con acierto, pues logra hacer, lo repito, interesantes y amables a los culpados, sin hacer odiosa a la víctima. *Pena sin culpa* me parece obra de mucho talento, y no comprendo la vacilación que usted manifiesta en llevarla a las tablas. Le proporcionaría a usted (o mucho me engaño) triunfos y plácemes de la crítica, y del público. Lo único que yo modificaría en ese drama, sería la escena final, acortándola y su [recto] primiendo, o al menos condensando muchísimo, la moraleja. Ésta debe deducirla siempre el público, no decirla el autor. Y los finales largos enfrían un poco al auditorio. Cuando Enrique parte debe caer el telón. Tal opino, y si usted consulta a actores expertos, le dirán lo mismo.

Estas obras, y los *Poetas líricos*,<sup>9</sup> son lo que por ahora he leído de usted; pues abrumada con trabajos mil, obligada a leer obras que vienen para ser juzgadas en la *Revista*, no puedo dedicar sino breves momentos a otras lecturas más gratas, como es la de usted. Pero, conforme las vaya leyendo, diré a usted lo que pienso de ellas. Y no hablo de ellas en la *Revista*, porque pienso concederles un puesto en mis *Estudios de literatura contemporánea*<sup>10</sup> (si es que usted no protesta de tan mal juez como soy yo).

Ahora contestaré a otras indicaciones que usted me hace. No me parece propio de un espíritu culto *asombrarse* y *semiescandalizarse* de ninguna dirección del pensamiento. Yo, que estoy en ese campo *condenado por los progresos del entendimiento humano* según usted me dice, no me asombro de casi nada. (Y digo de casi nada, porque aún la secta de los *skopsy*<sup>11</sup> me arrancó dos o tres exclamaciones de asombro). Hablando en serio, y rogando a usted perdone mis desahogos humorísticos, que son en mí una segunda naturaleza, diré que ya había [verso] yo prevenido a usted de que el *Estudio* sobre Feijoo era mi primer ensayo en prosa, y escrito sin libros, de suerte que aún me lisonjea mucho el que usted apruebe su forma. Una prueba de que era yo entonces muy ignorante (y no lo soy ahora mucho menos) es el concepto erradísimo que expreso acerca de las obras del ínclito mártir y sabio Raimundo Lulio, que es hoy uno de los autores que respeto más, por las referencias y exposiciones que de su filosofía conozco. De tres años a esta parte estudié mucho, y rectificué no pocos yerros y falsas ideas que tenía. Hasta que escribí el *Estudio crítico* no había yo escrito sino algunos versos y no había hecho sino viajar y leer sin orden. Me arrepiento, pues, de mucho de lo que allí puse, si bien en otros puntos no varió mi criterio. Usted pasó, según veo, del espiritualismo católico al racionalismo armónico krausiano: Yo respeto mucho las opiniones ajenas, y no me permitiré discutir las de usted, a menos que usted mismo me invite a ello, porque he conocido a muchas personas que no juzgaban conveniente tratar de estos asuntos con profanos y menos con individuos del sexo débil; por todo lo cual me abstengo mientras usted no se espontanee. Recientemente me aseguraron que militaba usted en las filas del positivismo, de cuya tendencia no veo rastros en sus obras de usted.

[Sobrescrito en esta cara] Me pesa de lo que puse acerca de *Madama Bovary* cuando persona tan autorizada como usted me asegura que es injusta mi apreciación. Yo, Dios lo sabe, no la he leído, y mi juicio está tomado de la *Revue Politique et Littéraire de la France*, que dice en varios largos artículos, lo que yo dije en dos renglones. Pero ya en vista de esto me decido a encargarla a Francia, a ver si rectifico.

A pesar de cuantos pesares haya, yo pienso ser amiga de usted, a quien debo reconocimiento por la espontaneidad con que me ha ofrecido el estimado bien de su trato y comunicación. Por mí, pues, no se ha de romper esta [sobrescrito verticalmente] de izquierda a derecha] liga amistosa, ni ha de estar de mi parte la intolerancia. Conste pues y no me dé usted lugar a pensar que me guarda rancune por mis funestas ideas, dilatando el contestar a su afectísima amiga

Segura Servidora que Besa su Mano,  
J. Emilia Pardo Bazán

## NOTAS

<sup>1</sup> Barrunto que pudo ser la lectura del número de la *Revista Europea* que cito en la nota 11 de este trabajo, y en el que también se daba cuenta de la marcha ateneística de la cátedra de Vidart, motivo de algún comentario –quizá sobre los *skopsy*, como se verá– que los puso en relación desde entonces.

<sup>2</sup> “Mi querida amiga” es su encabezamiento. Vidart dice haber estado malo y hacer un esfuerzo “por el singular placer que yo tengo en *hablar* con V. siquiera solo sea por *escrito*”. Le remite un artículo en el que la ha citado y la felicita por la impresión de *Jaime*, casi tan buena “como cuando se lo oí a V. leer, pero V. comprenderá que me gustaba más oír leer a V. que ser yo el que leo las poesías que V. leía”. Le promete, además, y pese a su contratiempo de salud, “el artículo acerca del *Viaje de novios* [sic] en cuanto me halle un poco mejor” (Freire López 91).

<sup>3</sup> Se puede ver la edición completa del epistolario a Giner de los Ríos en José Luis Varela.

<sup>4</sup> Y a los que hay que añadir los títulos siguientes, no citados en la carta, pero sí dedicados a veces conforme a un cierto código que sólo ellos comparten: *Noticias bibliográficas de D. Javier de Salas* (Madrid, Impr. de Enrique Rubiños, 1891): “A mi querida *niña* (la llamo así en *venganza*) Emilia Pardo Bazán, Luis Vidart”. *Un historiador francés de la vida de Cervantes. Apuntes críticos* (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1891): “A mi muy querida *niña*—Emilia Pardo Bazán—su ya *viejísim*o amigo, Luis Vidart”. *La hija de Cervantes*, también dedicado en términos similares, *Don Álvaro de Bazán*, dedicado en dos ocasiones (una de ellas dice: “A mi querida amiga *adversaria* en toros y otros ideales (¿?)”). *Un discurso inaugural del señor Cánovas del Castillo* (“A la *niña* Emilia Pardo Bazán, mi compañera mártir en Colón, le dedica este milésimo folleto, Luis Vidart”). *28ª conferencia. Tema: Las corridas de toros y otras diversiones populares. Orador D. Luis Vidart* (“A mi dulce enemiga en materias *tauromáquicas* Emilia Pardo Bazán. Su afectísimo amigo y admirador, Luis Vidart”). *El “Quijote” y el “Telémaco”, Los biógrafos de Cervantes en el siglo XVIII, Los biógrafos de Cervantes en el siglo XIX*, y algunos más que omito aquí, también están dedicados cariñosamente.

<sup>5</sup> En su estado actual, a falta de que algún día puedan incorporarse los fondos, cuantitativamente notables, que encierra el Pazo de Meirás, aún hoy propiedad de la familia Franco, la biblioteca de la autora, que conserva la Real Academia Galega en el edificio que fue su casa y hoy es su Casa-Museo, no contiene dicho título. La Biblioteca Filosofía en español ([filosofia.org/aut/vid/1866fe.htm](http://filosofia.org/aut/vid/1866fe.htm)) ofrece la edición digital de un texto originariamente editado en Madrid, Imprenta Europea, 1866, que alguna vez manejó Pardo Bazán.

<sup>6</sup> *El panteísmo germano-francés. Apuntes críticos sobre las doctrinas filosóficas de Mr. Ernesto Renan* sí figura en la biblioteca de la autora hasta ahora reunida, en la edición madrileña, Est. Tip. de T. Fortanet, 1864. Este opúsculo, como la mayor parte de los que de Vidart coleccionó doña Emilia, tiene dedicatoria autógrafa muy próxima en el tiempo de su redacción a la de la carta exhumada ahora: “Al dedicar este folleto a la señora doña Emilia Pardo Bazán debo manifestarle que desde la época en que lo escribí (1864) hasta el día de hoy (14, Mayo-1880) han cambiado mucho mis ideas acerca de lo que pueda llamarse la *ciencia de la religión*. El dilema con que terminamos el capítulo IX lo resuelvo hoy de un modo contrario al que se indica en las páginas que a estas líneas siguen. Luis Vidart”. Se refiere Vidart al párrafo en el que reprobaba “las contradicciones y caprichosos asertos que forman la *Vida de Jesús*” de Renan al negar la divinidad de Jesús, sin negar al propio tiempo toda verdad histórica (27). “Los racionalistas como Mr. Renan, que dudan de la eficacia de la razón para alcanzar la verdad, son los precursores de los filósofos que en las edades venideras sabrán unir armónicamente la razón que investiga y la fe que adivina” (43). Vidart es krausista, o krausiano, según prefiere la autora aquí.

<sup>7</sup> Pardo Bazán poseía un ejemplar dedicado de este drama en tres actos (Madrid, Est. Tip. dirigido por José Cayetano Conde, 1876), con dedicatoria de su autor: “A la discreta autora de *Pascual López*, señora doña Emilia Pardo Bazán, su amigo y admirador Luis Vidart”.

<sup>8</sup> Drama también en tres actos (Madrid, Impr. de J. Noguera a cargo de M. Martínez, 1874), del que la Real Academia Galega conserva un ejemplar dedicado a la autora: “A la distinguida novelista e inspirada poetisa señora doña Emilia Pardo Bazán. Su afectísimo Luis Vidart”. Hemos de reparar en los géneros cuya factura atribuye a la escritora en ciernes, en especial en su tratamiento de *poetisa*, palabra no muy del gusto de doña Emilia, y en la existencia de toda una poética de la dedicatoria a la que ella fue tan sensible, como revela un artículo de *La Ilustración Artística* aparecido el 31 de octubre de 1910.

<sup>9</sup> *Los poetas líricos contemporáneos de Portugal* (*Revista de España*, 10 de marzo de 1872, Madrid, Impr. de José Noguera, 1872). Con dedicatoria autógrafa: “A la inspirada poetisa doña Emilia Pardo Bazán, en testimonio de amistad y consideración distinguida, Luis Vidart”.

<sup>10</sup> Proyecto que debió subsumirse después en otros títulos y que iniciaba su andadura con la aparición ese mismo año de 1880, el 25 de octubre, en el nº 20, en la mencionada *Revista de Galicia*, y el mismo año en la *Revista Europea* (números 316-318), de un estudio sobre Galdós.

<sup>11</sup> Secta rusa de los mutilados, calificada ya entonces de monstruosa por materializar el ascetismo reduciéndolo a una operación quirúrgica que exige vergonzosos y sangrientos sacrificios. Proclama que la vida es mala y conveniente agotar su origen. Es, a juicio de Erasmo María Caro, “la forma más degradada del pesimismo”. Vid. “El pesimismo en el siglo XIX”, *Revista Europea*, 6 de enero de 1878, n° 202, p. 5.

## OBRAS CITADAS

- Faus, Pilar. *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra*. Tomo II. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003.
- Freire López, Ana M<sup>a</sup>. *Cartas inéditas a Emilia Pardo Bazán (1878-1883)*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1991.
- . *La 'Revista de Galicia' de Emilia Pardo Bazán (1880)*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1999.
- Hemingway, Maurice J. "Emilia Pardo Bazán, Luis Vidart, and Other Friends: Eight Unpublished Letters and Two Cards". *Anales Galdosianos. Homenaje a Rodolfo Cardona* 21 (1986): 263-73.
- Pardo Bazán, Emilia. "Recuerdo". *La Ilustración Artística*. Barcelona, 4 de octubre de 1897, n<sup>o</sup> 823: 642. Vid. Edición facsímil a cargo de Carlos Dorado. *Emilia Pardo Bazán. La vida contemporánea*. Madrid: Hemeroteca Municipal, 2005.
- Pereda, José María. *Obras Completas*, Tomo VII. Ed. José Manuel González Herrán. Santander: Ediciones Tintín, 1999.
- Thion Soriano-Mollá, Dolores. "El epistolario de Doña Emilia Pardo Bazán, estado de la cuestión". *I Simposio Emilia Pardo Bazán: Estado de la cuestión*. Ed. J. M. González Herrán, C. Patiño Eirín y E. Penas Varela. A Coruña: Real Academia Galega/Fundación CaixaGalicia, 2005: 181-217.
- Varela, José Luis. "E. Pardo Bazán: epistolario a Giner de los Ríos". *Boletín de la Real Academia de la Historia* 198 (2001): 327-390 y 439-506.